

## LOS DINOSAURIOS

2

En la prehistoria, antes de que apareciera el hombre sobre la tierra, había muchos reptiles; pero fueron los dinosaurios los que la dominaron durante un período que se prolongó por varios millones de años. Ningún otro animal, incluido el hombre, ha reinado en la tierra durante tanto tiempo.

Algunas personas creen que existía un solo tipo de dinosaurio pero, en realidad, había una gran variedad de ellos.

Los primeros eran pequeños y ágiles, sólo medían un Metro de largo y corrían rápidamente sobre sus patas traseras.

Algunos dinosaurios eran herbívoros. Otros eran carnívoros, sus patas tenían afiladas garras y poseían dientes filudos como cuchillos.

Estos animales alcanzaron gran estatura y peso, por lo que debían apoyarse sobre sus cuatro patas. Algunos, como el brontosaurio, llegaron a medir dieciocho metros y a pesar veinte toneladas.

Hace muchos millones de años, los dinosaurios Desaparecieron repentinamente de la tierra. Se cree que murieron a causa de una epidemia, un cambio climático o, tal vez, porque cada vez era mayor el número de mamíferos que se comía los huevos de estos reptiles, impidiendo así que se reprodujera la especie.

Pero, en realidad, no se sabe la causa de su extinción.

12

23

32

42

54

57

66

79

89

98

100

107

117

121

131

141

151

156

164

174

188

198

209

214

228

# LOS DINOSAURIOS

En la prehistoria, antes de que apareciera el hombre sobre la tierra, había muchos reptiles; pero fueron los dinosaurios los que la dominaron durante un período que se prolongó por varios millones de años. Ningún otro animal, incluido el hombre, ha reinado en la tierra durante tanto tiempo.

Algunas personas creen que existía un solo tipo de dinosaurio pero, en realidad, había una gran variedad de ellos.

Los primeros eran pequeños y ágiles, sólo medían un Metro de largo y corrían rápidamente sobre sus patas traseras.

Algunos dinosaurios eran herbívoros. Otros eran carnívoros, sus patas tenían afiladas garras y poseían dientes filudos como cuchillos.

Estos animales alcanzaron gran estatura y peso, por lo que debían apoyarse sobre sus cuatro patas. Algunos, como el brontosaurio, llegaron a medir dieciocho metros y a pesar veinte toneladas.

Hace muchos millones de años, los dinosaurios Desaparecieron repentinamente de la tierra. Se cree que murieron a causa de una epidemia, un cambio climático o, tal vez, porque cada vez era mayor el número de mamíferos que se comía los huevos de estos reptiles, impidiendo así que se reprodujera la especie.

Pero, en realidad, no se sabe la causa de su extinción.

A las ocho de la mañana nos despertó un rayo de sol. Las facetas de las lava en las paredes lo recogieron y devolvieron convertido en una lluvia de chispitas.

- ¿Qué me dices, Alex? – preguntó mi tío - ¿Has pasado en tu vida alguna noche tan tranquila? No hay ruidos ni grito...

- El lugar es muy tranquilo, en efecto – repliqué -. Pero esta misma calma tiene algo trágico.

- No te apresures. Recién hemos bajado al nivel del mar. Puedes comprobarlo consultando el barómetro. Yo estoy deseando poder usar el manómetro.

- ¿No nos resultará perjudicial la presión?

- No, iremos bajando lentamente y nuestros pulmones se irán acostumbrando a respirar en una atmósfera más comprimida. Pero dejémonos ya de charla y busquemos el paquete que arrojé.

Hans miró atentamente a su alrededor con su buena vista de cazador y lo descubrió en una saliente, unos treinta metros encima de nosotros.

Poco después almorzamos frugalmente y regamos la comida con algunos tragos de ginebra. Mi tío anotó algunos datos en su cuadernillo de viaje y, señalándome solemnemente una galería oscura, anunció:

- Ahora, Alex, vamos hacia el centro de la tierra. Considera que en este momento comienza nuestro viaje.

Enseguida preparó lo necesario para procurarnos luz. Las galerías se iluminaron y cada cual se colocó su mochila. Alcé la cabeza y dirigí por última vez mis ojos hacia el inmenso tubo en el que se dibujaba el cielo de Islandia, temiendo no volver a verlo.

En la última erupción la lava se había abierto paso a través del túnel que atravesábamos. El interior estaba alfombrado por un barniz espeso y brillante que centuplicaba la intensidad de nuestra luz.

La marcha no era demasiado difícil. El único cuidado que teníamos que tener era el de no deslizarnos por la pendiente. Pero, por suerte, algunas hinchazones en la erosión formaban peldaños.

En las paredes, la lava porosa tomaba formas de ampollitas redondeadas y a nuestro paso cristales de cuarzo opaco suspendidos de la bóveda se encendían.

23
36
38
54
64
77
82
95
106
108
116
126
137
147
160
173
182
196
207
221
227
238
253
269
277
291
303
312
325
341
348
360
372
375

(fragmento)  
 Julio Verne  
 Francés

## VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

A las ocho de la mañana nos despertó un rayo de sol. Las facetas de las lava en las paredes lo recogieron y devolvieron convertido en una lluvia de chispitas.

- ¿Qué me dices, Alex? – preguntó mi tío - ¿Has pasado en tu vida alguna noche tan tranquila? No hay ruidos ni grito...

- El lugar es muy tranquilo, en efecto – repliqué -. Pero esta misma calma tiene algo trágico.

- No te apresures. Recién hemos bajado al nivel del mar. Puedes comprobarlo consultando el barómetro. Yo estoy deseando poder usar el manómetro.

- ¿No nos resultará perjudicial la presión?

- No, iremos bajando lentamente y nuestros pulmones se irán acostumbrando a respirar en una atmósfera más comprimida. Pero dejémonos ya de charla y busquemos el paquete que arrojé.

Hans miró atentamente a su alrededor con su buena vista de cazador y lo descubrió en una saliente, unos treinta metros encima de nosotros.

Poco después almorzamos frugalmente y regamos la comida con algunos tragos de ginebra. Mi tío anotó algunos datos en su cuadernillo de viaje y, señalándome solemnemente una galería oscura, anunció:

- Ahora, Alex, vamos hacia el centro de la tierra. Considera que en este momento comienza nuestro viaje.

Enseguida preparó lo necesario para procurarnos luz. Las galerías se iluminaron y cada cual se colocó su mochila. Alcé la cabeza y dirigí por última vez mis ojos hacia el inmenso tubo en el que se dibujaba el cielo de Islandia, temiendo no volver a verlo.

En la última erupción la lava se había abierto paso a través del túnel que atravesábamos. El interior estaba alfombrado por un barniz espeso y brillante que centuplicaba la intensidad de nuestra luz.

La marcha no era demasiado difícil. El único cuidado que teníamos que tener era el de no deslizarnos por la pendiente. Pero, por suerte, algunas hinchazones en la erosión formaban peldaños.

En las paredes, la lava porosa tomaba formas de ampollitas redondeadas y a nuestro paso cristales de cuarzo opaco suspendidos de la bóveda se encendían.

**(fragmento)**  
**Julio Verne**  
**Francés**

En los comienzos del mundo, el Sol y la Luna vivían en la Tierra. Y ocurrió que en el momento en que se conocieron se enamoraron profundamente, entonces vivieron felices el uno para el otro.

Cuando el Espíritu Creador se enteró de ese amor y que habían olvidado pedir su consentimiento, se enojó de tal manera que obligó al Sol a subir al cielo y dejó a la Luna sola en la Tierra.

A pesar de estar tan lejos, el Sol no abandonó ni un solo día a su mujer y siempre alumbraba su camino solitario.

Pasado un tiempo la Luna tuvo siete hijos. Cada uno de ellos era en tamaño, la mitad del anterior y así fue que el menor de todos resultó ser siete veces más pequeño que el mayor.

Desde el cielo, el Sol iluminaba el nacimiento de sus hijos con los rayos más cálidos. Cuando vio que su hijo menor era tan chiquito, le regaló dones mágicos para protegerlo en su vida por la Tierra.

Los niños crecieron sanos y robustos junto a su madre y cuando fueron bastante grandes, el Espíritu Creador que seguía enojado obligó también a la Luna a subir al cielo pero justo en el momento que el Sol se ocultaba en el horizonte.

Mucho lloraron los niños por el alejamiento de su madre; desde entonces jamás se separaron y juntos empezaron a recorrer la Tierra a lo largo y a lo ancho. Mientras tanto desde el cielo su padre los vigilaba de día y su madre de noche.

Pronto el chiquitín, a quien sus hermanos cuidaban con cariño, empezó a mostrar los dones que su padre le había regalado al nacer y se convirtió en el protector de sus hermanos mayores.

Así fue como vivieron muchas aventuras, hasta que un día, cansados de tanto andar solos por la Tierra, pensaron en subir al cielo para poder ver de cerca de sus padres.

20

31

42

54

69

82

101

107

128

138

146

161

176

187

200

212

228

232

244

259

276

280

293

308

316

329

245

251

## LOS SIETE CABRITOS

En los comienzos del mundo, el Sol y la Luna vivían en la Tierra. Y ocurrió que en el momento en que se conocieron se enamoraron profundamente, entonces vivieron felices el uno para el otro.

Cuando el Espíritu Creador se enteró de ese amor y que habían olvidado pedir su consentimiento, se enojó de tal manera que obligó al Sol a subir al cielo y dejó a la Luna sola en la Tierra.

A pesar de estar tan lejos, el Sol no abandonó ni un solo día a su mujer y siempre alumbraba su camino solitario.

Pasado un tiempo la Luna tuvo siete hijos. Cada uno de ellos era en tamaño, la mitad del anterior y así fue que el menor de todos resultó ser siete veces más pequeño que el mayor.

Desde el cielo, el Sol iluminaba el nacimiento de sus hijos con los rayos más cálidos. Cuando vio que su hijo menor era tan chiquito, le regaló dones mágicos para protegerlo en su vida por la Tierra.

Los niños crecieron sanos y robustos junto a su madre y cuando fueron bastante grandes, el Espíritu Creador que seguía enojado obligó también a la Luna a subir al cielo pero justo en el momento que el Sol se ocultaba en el horizonte.

Mucho lloraron los niños por el alejamiento de su madre; desde entonces jamás se separaron y juntos empezaron a recorrer la Tierra a lo largo y a lo ancho. Mientras tanto desde el cielo su padre los vigilaba de día y su madre de noche.

Pronto el chiquitín, a quien sus hermanos cuidaban con cariño, empezó a mostrar los dones que su padre le había regalado al nacer y se convirtió en el protector de sus hermanos mayores.

Así fue como vivieron muchas aventuras, hasta que un día, cansados de tanto andar solos por la Tierra, pensaron en subir al cielo para poder ver de cerca de sus padres.

(fragmento)  
Leyenda peruana

Despertó repetidas veces esa noche, como suele ocurrir cuando aguardamos un día cargado de acontecimientos importantes, en cuya espera nuestros nervios actúan con su máxima sensibilidad y prontitud.

Después de todo, en su caso ello era explicable, o, si se quiere, lo normal dentro de lo insólito. En efecto, tras largo tiempo de abrigar tal ilusión, por fin había recibido la autorización de sus padres para participar en el paseo de término de curso, a varios kilómetros del pueblo. Hasta entonces, reiterada y comprensiblemente, se había invocado en cada oportunidad, para dilatar el permiso, los riesgos de las bruscas variaciones climáticas, del vado de los ríos, de las imprudencias e inexperiencia propias de su edad. Esta vez como homenaje a sus recién cumplidos doce años, se hacía fe en una mayor fortaleza y madurez de su parte para enfrentar los desafíos de la aventura.

La tensión, en verdad, había comenzado varios días antes. Había que preocuparse minuciosamente de abastecimientos y de otros preparativos. Nada podía quedar entregado al azar o a la inadvertencia, y todo, si se trataba de ser ya "grande", debía ser cuidadosamente previsto y atendido de modo personal, sin que la empresa constituyera una carga para otros.

Así fue naciendo, y luego estirándose más y más, una lista de heterogéneos elementos indispensables: mochila y botas, guantes y gorro, linterna y cortaplumas, casaca y fósforos, leche y cantimplora, huevos duros y frutas, leche y pan. Y había sido preciso rebuscar su semiolvidada presencia en algún rincón de la casa, o pedirlos prestados, o adquirir lo necesario para prepararlos y llevarlos, hasta experimentar la satisfacción de que ningún detalle quedaba pendiente o desatendido.

10
17
24
31
33
46
60
71
79
90
98
105
116
127
136
145
156
167
177
184
192
204
214
220
229
232
243
250
260
270
282
289
301
308
315
320

(fragmento)  
**Ernesto Livacic Gazzano**  
chileno

## **Amanecer.**

Despertó repetidas veces esa noche, como suele ocurrir cuando aguardamos un día cargado de acontecimientos importantes, en cuya espera nuestros nervios actúan con su máxima sensibilidad y prontitud.

Después de todo, en su caso ello era explicable, o, si se quiere, lo normal dentro de lo insólito. En efecto, tras largo tiempo de abrigar tal ilusión, por fin había recibido la autorización de sus padres para participar en el paseo de término de curso, a varios kilómetros del pueblo. Hasta entonces, reiterada y comprensiblemente, se había invocado en cada oportunidad, para dilatar el permiso, los riesgos de las bruscas variaciones climáticas, del vado de los ríos, de las imprudencias e inexperiencia propias de su edad. Esta vez como homenaje a sus recién cumplidos doce años, se hacía fe en una mayor fortaleza y madurez de su parte para enfrentar los desafíos de la aventura.

La tensión, en verdad, había comenzado varios días antes. Había que preocuparse minuciosamente de abastecimientos y de otros preparativos. Nada podía quedar entregado al azar o a la inadvertencia, y todo, si se trataba de ser ya "grande", debía ser cuidadosamente previsto y atendido de modo personal, sin que la empresa constituyera una carga para otros.

Así fue naciendo, y luego estirándose más y más, una lista de heterogéneos elementos indispensables: mochila y botas, guantes y gorro, linterna y cortaplumas, casaca y fósforos, leche y cantimplora, huevos duros y frutas, leche y pan. Y había sido preciso rebuscar su semiolvidada presencia en algún rincón de la casa, o pedirlos prestados, o adquirir lo necesario para prepararlos y llevarlos, hasta experimentar la satisfacción de que ningún detalle quedaba pendiente o desatendido.

(fragmento)  
**Ernesto Livacic Gazzano**  
chileno

Nadie ha navegado nunca con el solo objeto de permanecer en el mar; el interés del hombre por alcanzar tierras vecinas originó la navegación y así fue que esta se desarrolló principalmente en las costas situadas frente a otras, más o menos próximas. Los pueblos del Mediterráneo fueron necesariamente marítimos. Los Vikingos al mismo imperativo.

A pesar del progreso que ha facilitado las grandes travesías marítimas, los pueblos han seguido siendo influidos por la ley primitiva: la de navegar para alcanzar costas próximas. Por ello, aquellos situados frente a las más vastas extensiones oceánicas son los que menos han desarrollado espíritu marítimo.

Es el caso de Chile. Nuestro largo litoral es un balcón abierto de par en par ante el enorme Pacífico; dos mil millas nos separan de Pascua, la isla polinésica más cercana a nosotros; Juan Fernández no atrae más que a escasos turistas; el comercio de la langosta es limitado, tanto en la isla como en San Félix y San Ambrosio.

Nuestro balcón abierto ofrece un incomparable punto de vista sobre el Pacífico, pero nos expone a fuertes vientos durante casi todo el año. Nuestros estuarios y puertos abrigados son escasos. El mar de Chile es cruel.

Por eso, entre las razas aborígenes contamos con sólo dos de navegantes: los alacalufes y los changos. Las verdaderas habitaciones de los alacalufes son las canoas de corteza con que recorren los canales magallánicos. De esta raza subsisten unos cien o ciento cincuenta individuos, consagrados, como sus ancestros, a la caza de nutrias. Son los últimos representantes de un pueblo nómada que los traficantes de pieles y los aventureros de los canales han casi exterminado.

Las aguas tranquilas de los canales, la abundancia de caletas, islas y ensenadas, hicieron de los alacalufes una raza de navegantes, la cual no ha salido jamás de su primitivismo ancestral y ha llegado a su crepúsculo sin otro progreso que el haber cubierto de harapos su antigua desnudez y de haber reemplazado algunas de sus canoas de corteza por chalupas de madera.

19
31
43
55
64
76
90
104
114
116
133
148
161
176
184
195
209
224
236
249
261
272
287
301
307
321
336
349
362
373
375

(fragmento)  
 Salvador Reyes  
 chileno

## LOS MARES DE CHILE

Nadie ha navegado nunca con el solo objeto de permanecer en el mar; el interés del hombre por alcanzar tierras vecinas originó la navegación y así fue que esta se desarrolló principalmente en las costas situadas frente a otras, más o menos próximas. Los pueblos del Mediterráneo fueron necesariamente marítimos. Los Vikingos al mismo imperativo.

A pesar del progreso que ha facilitado las grandes travesías marítimas, los pueblos han seguido siendo influidos por la ley primitiva: la de navegar para alcanzar costas próximas. Por ello, aquellos situados frente a las más vastas extensiones oceánicas son los que menos han desarrollado espíritu marítimo.

Es el caso de Chile. Nuestro largo litoral es un balcón abierto de par en par ante el enorme Pacífico; dos mil millas nos separan de Pascua, la isla polinésica más cercana a nosotros; Juan Fernández no atrae más que a escasos turistas; el comercio de la langosta es limitado, tanto en la isla como en San Félix y San Ambrosio.

Nuestro balcón abierto ofrece un incomparable punto de vista sobre el Pacífico, pero nos expone a fuertes vientos durante casi todo el año. Nuestros estuarios y puertos abrigados son escasos. El mar de Chile es cruel.

Por eso, entre las razas aborígenes contamos con sólo dos de navegantes: los alacalufes y los changos. Las verdaderas habitaciones de los alacalufes son las canoas de corteza con que recorren los canales magallánicos. De esta raza subsisten unos cien o ciento cincuenta individuos, consagrados, como sus ancestros, a la caza de nutrias. Son los últimos representantes de un pueblo nómada que los traficantes de pieles y los aventureros de los canales han casi exterminado.

Las aguas tranquilas de los canales, la abundancia de caletas, islas y ensenadas, hicieron de los alacalufes una raza de navegantes, la cual no ha salido jamás de su primitivismo ancestral y ha llegado a su crepúsculo sin otro progreso que el haber cubierto de harapos su antigua desnudez y de haber reemplazado algunas de sus canoas de corteza por chalupas de madera.

(fragmento)  
Salvador Reyes  
chileno